
El Puma

Horacio Quiroga

textos.info

biblioteca digital abierta

Texto núm. 9088

Título: El Puma

Autor: Horacio Quiroga

Etiquetas: Cuento, Crónica, Artículo

Editor: Brian

Fecha de creación: 28 de julio de 2026

Fecha de modificación: 28 de julio de 2026

Edita **textos.info**

Maison Carrée

c/ des Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

El Puma

Cuando en Misiones un tigre ha pasado su temporada haciendo sistemático estrago en el ganado de la sierra, y cesa de pronto de hacer oír en la madrugada su estertor de caza, las gentes lanzan un suspiro, pues ello indica que el puma ha hecho irrupción en el terreno, ahuyentando a su rival.

No se explica suficientemente esta creencia nativa. Nada la afirma, ni las respectivas fuerzas y valentía de ambas fieras, ni las observaciones sobre ellas cuando se las ha puesto en contacto en domesticidad. Antes bien, cuánto posee el tigre de capacidad acumulativa en violencia cuando se lo va acorralando en tierra, falta del todo al gran gato amarillo de mirada tranquila e inextinguible sed de sangre, que es el puma.

La característica física de este ser, es su agilidad extraordinaria para trepar. No hay guayabo o cerezo de corteza dura, estucada y luciente, como bruñida a la goma laca, donde las garras del puma no hagan presa, en una ascensión perpendicular, y a escape. Como el gato, cuando se lo corre de cerca, su mirada cárdena busca y cae infaliblemente sobre el tronco más derecho y alto, y en un instante está allá arriba, escondido. tras una horqueta, si la halla, o abrazado al árbol con sus cuatro garras, y la ansiosa cabeza volteada sobre los perros.

No se conoce en Misiones caso concreto de un puma que haya avanzado tres metros contra el hombre. Su falta de ánimo para la lucha llega, según parece, hasta huir de su guarida ante el latido de los perros, abandonando a sus tiernos cachorros, cuando el que estas líneas escribe estuvo a punto de perder los ojos ante la heroica furia de un picaflor, cuyos pichones deseaba observar de cerca.

Un conocido nuestro, cazador de tan grande aliento que su estertor de fatiga resonaba horas enteras en el bosque, al correr tras una bestia, al punto de hacer exclamar desde lejos: "Allá va Juan cazando", —este cazador arrancó un día a latigazos la piel de la cabeza de un puma, de

cuya cola se había apoderado, ciñéndola contra un árbol.

La sed de sangre de este animal es tan violenta que le hace olvidar de su propia vida. Aplica la boca al cuello abierto de su víctima, y parecería entonces totalmente inmóvil, a no ser por sus distanciadas y hondas degluciones. Vaciada ya su presa, pasa a otra; y luego a otra, y otra más. Llega un instante en que la sed del puma está colmada; no admitiría una gota más de sangre. Se echa entonces, con los miembros de plomo y la mirada velada de saciedad. Invádele poco a poco irresistible sueño, y se duerme por fin a digerir en el aniquilamiento sus sangrientas pesadillas, —de las que no siempre vuelve con vida.

En cierta ocasión, en el Chaco, como hubiera faltado un mes de casa, hallé al volver que casi todas nuestras gallinas habían desaparecido. Desde dos noches atrás —me dijeron los peones— un ser nos visitaba, dejando diseminadas alrededor del gallinero quince o veinte cabezas arrancadas. Los perros nada habían sentido.

Aunque dudando un poco del destino de mis gallinas, monté guardia con mis cuatro perros. Muy tarde ya, tal vez muy cerca del alba, algo gritó hacia el gallinero, a los que los cuatro foxterriers respondieron abalanzándose con un alarido.

Nuestro rancho quedaba en la orilla de una isla de monte, bastante virgen y sucia, por capricho nuestro. En un instante los perros hallaron el rastro, que se cortó en el centro mismo de la isla. Pasado un momento, los perros arañaban y mordían la corteza de un árbol, aullando desesperadamente hacia arriba.

Arriba, eran las tinieblas. Coloqué a mis espaldas a un peón con el farol de viento alzado hasta mi cabeza, y busqué con el winchester un vago punto de mira en la lóbrega altura. Lejano, como en el mundo de las estrellas, creí percibir algo luminoso que no era el reflejo de un borde de hoja, y disparé. Sobre el estampido, un animal se aplastó en tierra, y los perros estaban ya sobre él, destrozándolo. Triunfantes, bajamos el farol hacia la presa cogida. Era una gallina.

Tal cual. Pero una gallina no duerme aislada en el monte, a quince metros de altura, —ni para los perros, que desorientados habían abandonado su presa, en procura de otra. Un aullido traspasante nos indicó que acababan de hallarla, a diez metros escasos del lugar. Allí, en efecto, estaba

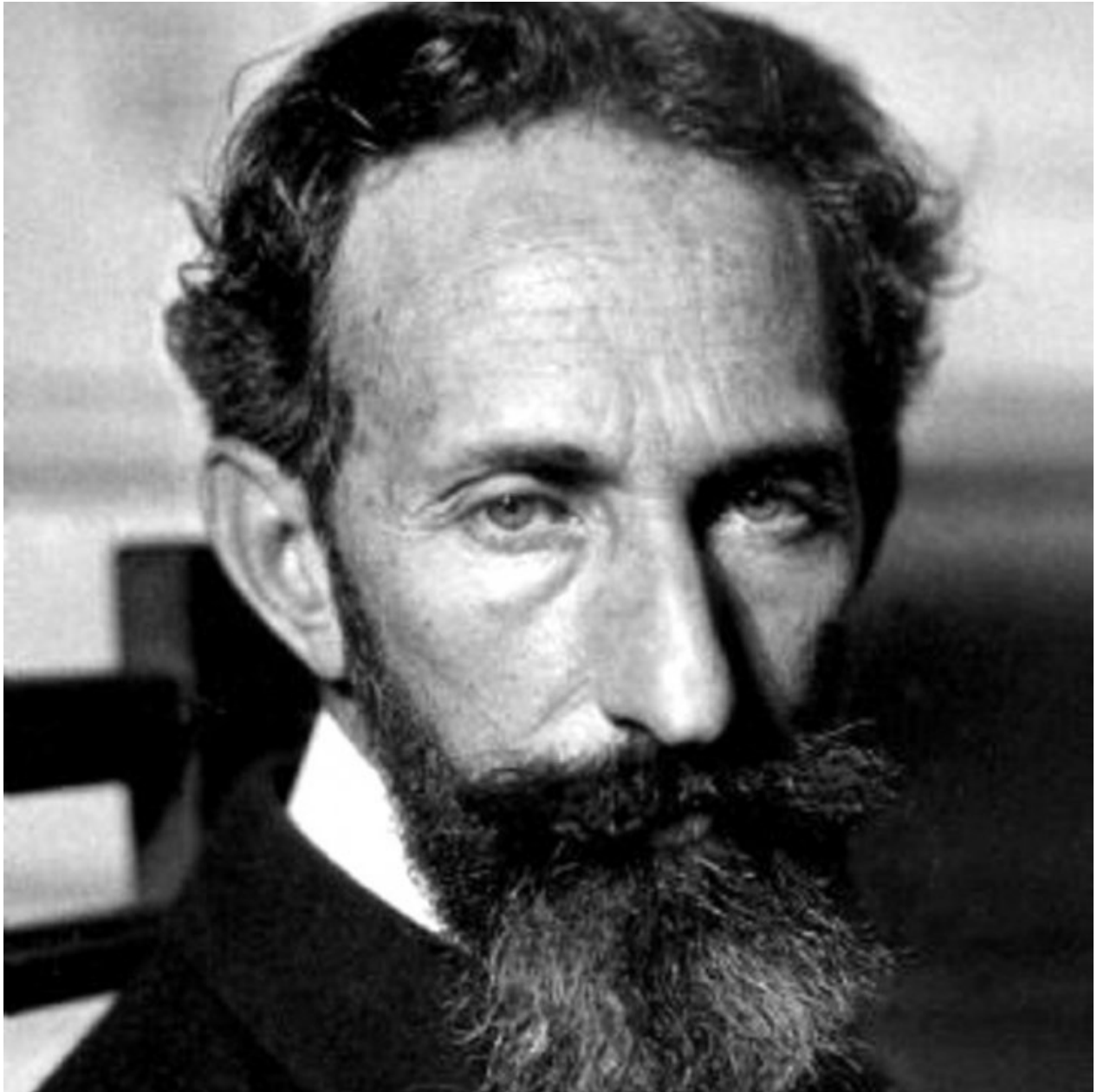
arrinconado un joven puma teniendo a raya a los perros, uno de los cuales, con el vientre de fuera, batía desesperadamente la tierra con las patas delanteras.

Un puma con la espalda resguardada, no es presa amable para tres foxterriers. Volqué en consecuencia el winchester sobre sus mismos ojos, sin que el animal, forzado a fondo por los perros, se atreviera a apartar de un zarpazo el cañón del arma, aunque se daba cuenta de lo que le iba en ello, y disparé de nuevo.

El cachorro, allá en lo alto con la presa en su boca, había dejado caer la gallina al recibir el tiro, que lo había transpasado desde el cuello a los ijares, según después vimos. Habíase deslizado en seguida a lo largo del tronco, siendo sorprendido en su fuga por mi pobre foxterrier.

De todos modos, nunca hemos vuelto a hacer tiro tan dramático y providencial, para ver caer una gallina.

Horacio Quiroga



Horacio Silvestre Quiroga Forteza (Salto, Uruguay, 31 de diciembre de 1878 – Buenos Aires, Argentina, 19 de febrero de 1937) fue un cuentista, dramaturgo y poeta uruguayo. Fue el maestro del cuento latinoamericano, de prosa vívida, naturalista y modernista. Sus relatos, que a menudo retratan a la naturaleza bajo rasgos temibles y horrorosos, y como enemiga del ser humano, le valieron ser comparado con el estadounidense Edgar Allan Poe.

La vida de Quiroga, marcada por la tragedia, los accidentes y los suicidios, culminó por decisión propia, cuando bebió un vaso de cianuro en el Hospital de Clínicas de la ciudad de Buenos Aires a los 58 años de edad, tras enterarse de que padecía cáncer de próstata.

Seguidor de la escuela modernista fundada por Rubén Darío y obsesivo lector de Edgar Allan Poe y Guy de Maupassant, Quiroga se sintió atraído por temas que abarcaban los aspectos más extraños de la Naturaleza, a menudo teñidos de horror, enfermedad y sufrimiento para los seres humanos. Muchos de sus relatos pertenecen a esta corriente, cuya obra más emblemática es la colección Cuentos de amor de locura y de muerte.

Por otra parte se percibe en Quiroga la influencia del británico Sir Rudyard Kipling (Libro de las tierras vírgenes), que cristalizaría en su propio Cuentos de la selva, delicioso ejercicio de fantasía dividido en varios relatos protagonizados por animales. Su Decálogo del perfecto cuentista, dedicado a los escritores noveles, establece ciertas contradicciones con su propia obra. Mientras que el decálogo pregona un estilo económico y preciso, empleando pocos adjetivos, redacción natural y llana y claridad en la expresión, en muchas de sus relatos Quiroga no sigue sus propios preceptos, utilizando un lenguaje recargado, con abundantes adjetivos y un vocabulario por momentos ostentoso.

Al desarrollarse aún más su particular estilo, Quiroga evolucionó hacia el retrato realista (casi siempre angustioso y desesperado) de la salvaje Naturaleza que le rodeaba en Misiones: la jungla, el río, la fauna, el clima y el terreno forman el andamiaje y el decorado en que sus personajes se mueven, padecen y a menudo mueren. Especialmente en sus relatos, Quiroga describe con arte y humanismo la tragedia que persigue a los miserables obreros rurales de la región, los peligros y padecimientos a que se ven expuestos y el modo en que se perpetúa este dolor existencial a las generaciones siguientes. Trató, además, muchos temas considerados tabú en la sociedad de principios del siglo XX, revelándose como un escritor arriesgado, desconocedor del miedo y avanzado en sus ideas y tratamientos. Estas particularidades siguen siendo evidentes al leer sus textos hoy en día.

Algunos estudiosos de la obra de Quiroga opinan que la fascinación con la muerte, los accidentes y la enfermedad (que lo relaciona con Edgar Allan Poe y Baudelaire) se debe a la vida increíblemente trágica que le tocó en suerte. Sea esto cierto o no, en verdad Horacio Quiroga ha dejado para la

posteridad algunas de las piezas más terribles, brillantes y trascendentales de la literatura hispanoamericana del siglo XX.

(Información extraída de la Wikipedia)